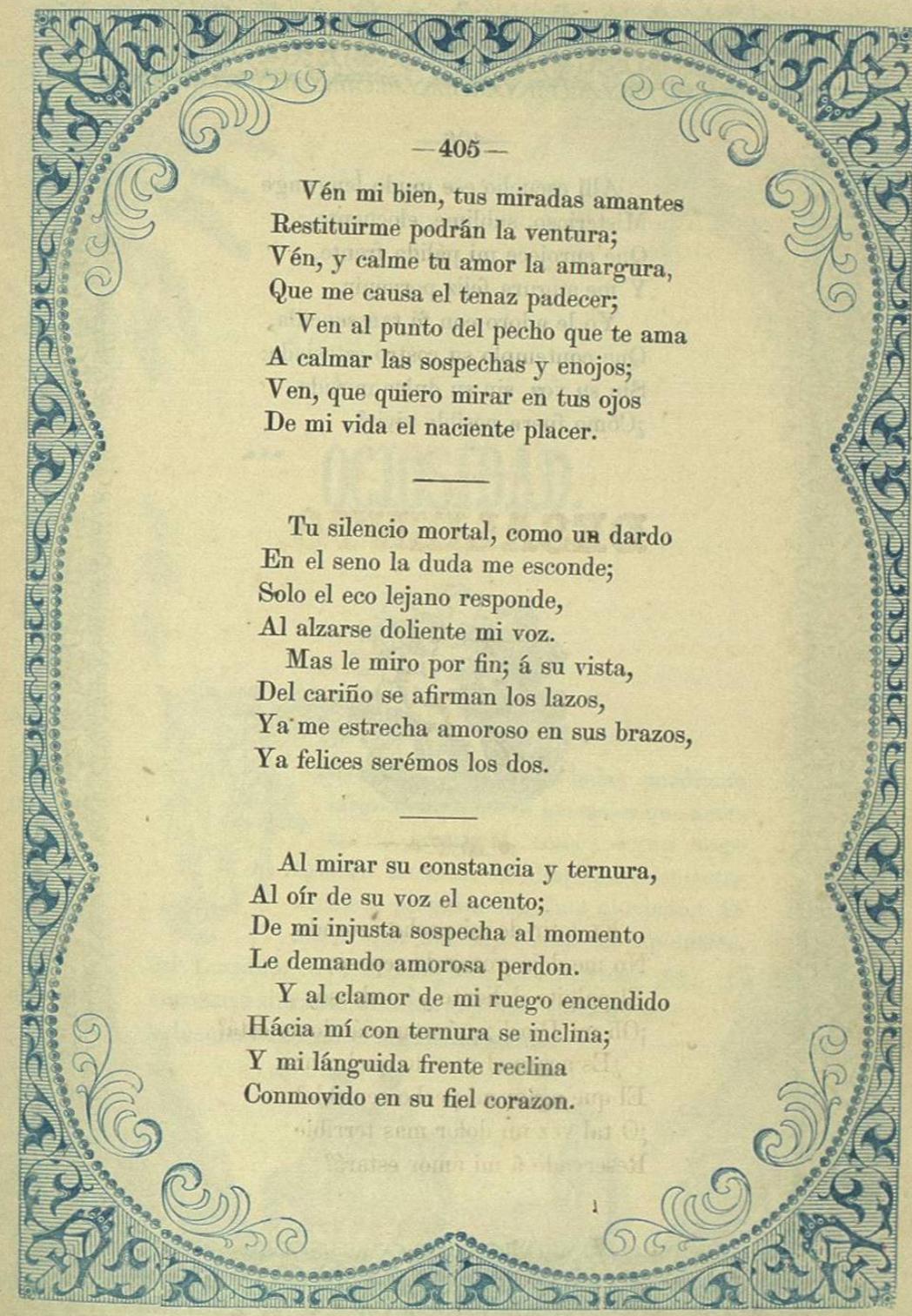


DESALIENTO.

EL latir de mi pecho azorado,
No me deja gozar de reposo;
El palpita doliente y medroso,
¡Oh mi Dios! ¿qué anunciándome está?
¿Es acaso el pasado quebranto,
El que agita mi pecho sensible?
¡O tal vez un dolor mas terrible
Reservado á mi amor estará?

— 405 —



Vén mi bien, tus miradas amantes
Restituirme podrán la ventura;
Vén, y calme tu amor la amargura,
Que me causa el tenaz padecer;
Ven al punto del pecho que te ama
A calmar las sospechas y enojos;
Ven, que quiero mirar en tus ojos
De mi vida el naciente placer.

Tu silencio mortal, como un dardo
En el seno la duda me esconde;
Solo el eco lejano responde,
Al alzarse doliente mi voz.

Mas le miro por fin; á su vista,
Del cariño se afirman los lazos,
Ya me estrecha amoroso en sus brazos,
Ya felices serémos los dos.

Al mirar su constancia y ternura,
Al oír de su voz el acento;
De mi injusta sospecha al momento
Le demando amorosa perdon.

Y al clamor de mi ruego encendido
Hácia mí con ternura se inclina;
Y mi lánguida frente reclina
Conmovido en su fiel corazón.

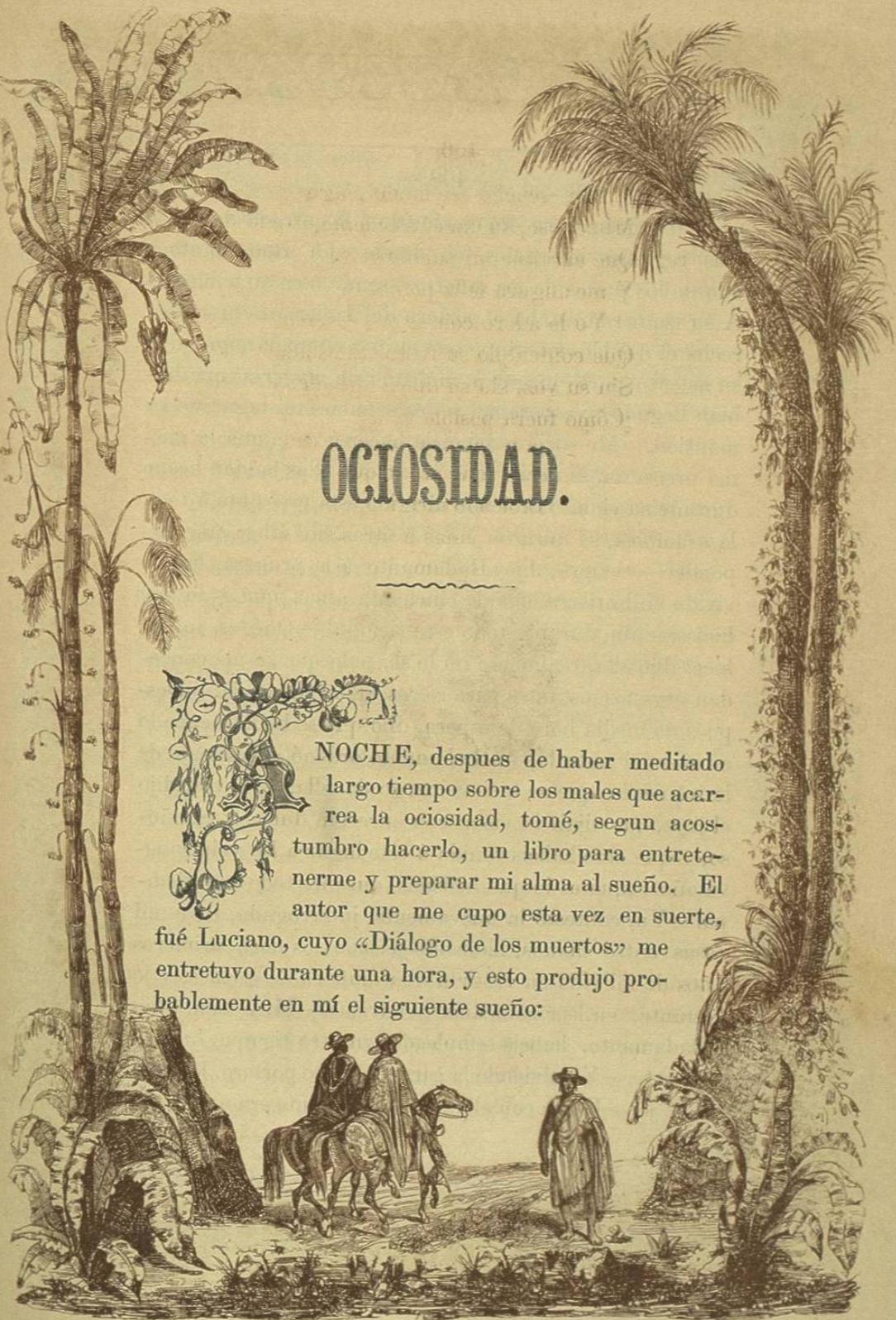
Allí escucho ese mudo language
Misterioso, sublime, elocuente,
Que enrojece mi pálida frente,
Y me augura feliz porvenir.

Yo le adoro con fé tan sencilla,
Que contemplo su rostro estasiada:
Sin su voz, sin su dulce mirada
¿Cómo fuera posible vivir?



OCIOSIDAD.

NOCHE, después de haber meditado
largo tiempo sobre los males que acar-
rea la ociosidad, tomé, según acos-
tumbre hacerlo, un libro para entrete-
nerme y preparar mi alma al sueño. El
autor que me cupo esta vez en suerte,
fué Luciano, cuyo «Diálogo de los muertos» me
entretuvo durante una hora, y esto produjo pro-
bablemente en mí el siguiente sueño:



Figuréme que era conducido á la entrada de las regiones infernales, en donde ví á Radamanto, uno de los jueces de los muertos, sentado en su tribunal. A su izquierda estaba el portero del Infierno, y á su derecha el del Eliseo. Supe que el juez ocupaba aquel dia su asiento para juzgar á multitud de *mujeres* que habian llegado, y esperaban se les señalase el lugar de su mansion. Me sorprendió oírle hacer á cada una la misma pregunta, es decir: ¿qué era lo que ellas habían hecho durante su vida. Habiendo dirigido esta pregunta á toda la asamblea, se miraron unas á otras sin saber qué responder.—Señora, dijo Radamanto á la primera, habeis vivido en la tierra mas de cincuenta años; ¿qué es lo que hicisteis allí durante todo este tiempo?—¿Qué es lo que hice? dijo ella, realmente no lo sé: pido que se me concedan algunos instantes para refrescar mi memoria.—Despues de media hora de espera, dijo que se había ocupado en rizar el cabello, y Radamanto ordenó al portero de la izquierda que se hiciese cargo de ella.—¿Y vos, dijo el juez, que fijais la vista con aire tan dulce y cariñoso, y que creo habeis venido á este lugar á los veintinueve años, ¿qué es lo que hicisteis durante todo este tiempo?—Yo, contestó la nuevamente interrogada, tuve mil cosas entre manos, habiendo pasado los doce primeros años de mi vida en vestir á una muñeca de goznes, y lo restante, en leer comedias y novelas.—Muy bien, dijo Radamanto, habeis empleado vuestro tiempo lindamente.—Y volviendo la cara al mismo portero, le dijo:—Fuera con ella!—La que seguía era una

sencilla aldeana.—Y bien, señora Tomasa, le dijo el juez, ¿qué es lo que hicisteis en el mundo?—Voy á decíroslo, señor: yo no llegué á vivir cuarenta años completos; pero á pesar de eso, regalé á mi marido siete hijas, le amasé nueve mil quesos, y dejé con él á mi hija mayor para que cuide de la casa durante mi ausencia, y puedo decir sin vanidad, que es una excelente ama de gobierno.—Radamanto se sonrió de la simplicidad de la buena *mujer*, y mandó al portero de los Campos Elíseos que la tomase á su cargo.—Y vos, bella dama, dijo á otra de las que esperaban, ¿qué es lo que hicisteis durante estos treinta y cinco años?—Yo, señor, contestó ella, no he hecho ningun daño, os lo puedo asegurar.—Bien está, dijo aquel; pero ¿qué es lo que habeis hecho?—La dama se llenó de confusion á esta pregunta, y los porteros, viendo que no tenia nada que contestar, la agarraron, uno de la mano derecha y otro de la izquierda, con pretensiones de llevarla uno al infierno y otro al Eliseo; pero Radamanto, viendo señales de modestia y de ingenuidad en el semblante y ademanes de esta *mujer*, mandó á los porteros que la soltasen y la pusiesen á un lado para volver á examinarla cuando estuviese mas desocupado. Otra *mujer* de un mirar agrio y orgulloso se presentó luego ante el juez, y este le preguntó qué era lo que había hecho.—Yo, contestó, he vivido ciertamente setenta años en un mundo muy malvado, y me dieron muchas cóleras mis dos hijos petulantes. Pasé la mayor parte de mis últimos años en condenar las locuras de los tiempos: día por día censura-

ha yo la necia conducta de mis conocidos y de las gentes con quienes trataba, á fin de impedir que cayesen en semejantes errores é impropiedades. — Muy bien, dijo Radamanto, pero ¿tuvisteis el mismo ojo vigilante sobre vuestras propias acciones? — A la verdad, señor, contestó ella, me hallaba tan ocupada en publicar las faltas del prójimo, que me faltaba tiempo para considerar las mías. — Señora, le dijo Radamanto, tened la bondad de avanzar hácia la izquierda, y dejad lugar á esa venerable matrona que está á vuestra espalda. — Señora anciana, dijo el juez, parece que sois ochentona: ya habeis oído la pregunta: ¿qué es lo que hicisteis en el mundo durante tan largo tiempo? — ¡Ah! señor, contestó la anciana, hice lo que no debí haber hecho; pero siempre fué mi ánimo cambiar de vida, y si no hubiese yo sido arrebatada prematuramente. — Señora, dijo el juez interrumpiéndola, dignaos seguir á la dama que acaba de partir. — Y viendo á otra de la misma edad, le hizo la reiterada pregunta, y ella respondió: — He sido *muger* de un hombre que me fué tan querido en mis postreros años como en mi juventud. Fui madre muy afortunada con mis hijos, á los cuales eduqué con el mayor esmero, enseñándoles todo lo bueno: mi hijo mayor es adorado de los pobres, y amado de to-

dos los que le conocen. Viví dentro de mi propia familia, y le he dejado mas riquezas de las que en ella encontré. Radamanto, que conocía el mérito de aquella señora, se sonrió al escucharla, y el portero del Eliseo, que sabía desempeñar los deberes de su empleo, le tendió la mano. Apenas la hubo tocado, cuando las arrugas de la anciana desaparecieron, sus ojos brillaron, sus mejillas se llenaron y tomaron el color de rosa de la juventud, y toda ella apareció en el mayor verdor y hermosura. Una jóven, viendo que el portero del Eliseo poseía en tanto grado el arte de embellecer, suspiraba por verse en sus manos, y abriéndose camino con algun trabajo por entre la multitud, fué la primera que se presentó al juez, quien habiéndole preguntado qué había hecho durante los veinticinco años que había pasado en el mundo, respondió: — Luego que llegué á mis años de discrecion, hice cuanto pude por parecer amable y tener muchos admiradores. Con la mira de conseguirlo, pasé mi tiempo embotellando esencias, inventando jabones, moliendo cascarrilla, mezclando colores, poniéndome lunares postizos, consultando con mi espejo, adornándome con arreglo al color de mi cutis, descubriendo mi seno cuanto podía, apretándome el corpiño, ajustándome el calzado. . . . Radamanto no quiso oírla mas, é hizo una seña al portero negro para que cargase con ella. Apenas este la hubo tocado, cuando sus colores se desvanecieron, su rostro se llenó de arrugas, y toda su persona tomó la figura mas desagradable.

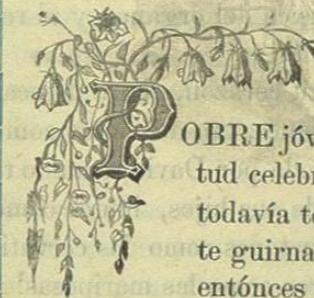
Estando en esto, fuí sorprendido por un voceo de multitud de *mugeres* que reían, cantaban y bailaban. Entróme el mayor deseo de conocer el recibimiento que se les haría, acompañado de gran temor de que Radamanto hiciese cesar pronto su alegría; pero el ruido que hicieron al acercarse fué tan grande que desperté, y no pude presenciar la continuacion de las sentencias.



CORONA FÚNEBRE.

A la memoria de la Srita. ***

Requiescat in pace.



OBRE joven! Ayer la juventud celebraba alegre tu belleza; ayer todavía tejía para tu ebúrnea frente guirnaldas de frescas rosas. entonces mi voz estaba muda, porque entonces eras feliz. Hoy que te encuentras ¡ay! sola y tendida tristemente, durmiendo el sueño eternal, hoy vengo á depositar sobre tu helada tumba unas cuantas flores deshojadas y marchi-

tas, pero bañadas con las lágrimas de compasion que se desprenden de mis ojos, porque mi corazon huye de la alegría y solo simpatiza con el infortunio. Ayer todos te tributaban espontáneamente flores y alabanzas: ¡hoy necesitas del llanto y de las plegarias del desgraciado!

¡Oh niña! tu vida de primavera, con todas sus brillantes ilusiones, se reflejaba en tu alma cándida, ya sublimada al cielo, cual sobre la tersa y cristalina superficie del lago esas nubes de verano teñidas con los colores vespertinos.

¡Qué bellos serían los ensueños castos y juveniles que adormecerían con suavidad inefable tu frente, en este momento pálida y marchita! ¡Acaso viste en ellos aparecerse el sér de noble y varonil apariencia á quien aguardarías con ansiedad deliciosa, para que viniese á realizar tus ardientes esperanzas al pié de los altares, escuchando la sacra música del órgano, y al recibir la bendicion del sacerdote!

¡Cuán dulcemente latiría tu corazon, ahora desecado, al impulso de tus sensaciones, tan deliciosas como las vibraciones del arpa pulsada por David, cuando te figurabas recibir los besos de tus hijos, lindos como los querubines del cielo, juguetones como los cervatillos de las montañas, y ligeros como las mariposas!

Pero ¡ay! el ángel de la muerte te vió tan hermosa que se enamoró de tí; temió que un débil mortal viniera á arrebatarse su víctima predilecta, y ardiendo en zelos te arrastró á su lecho nupcial. . . el sepulcro!

¡Qué bella estabas cuando te conducían al cemen-

terio! Tu frente ofrecía la palidez mate del mármol, y se veía ornada de una guirnalda de azucenas, símbolo de los pensamientos puros que en ella brotaron durante la vida; tus negras y sedosas pestañas caían sobre las mejillas, formando dos arcos oscuros, que daban á tu semblante un aspecto de dulce melancolía; tus labios estaban ligeramente entreabiertos y en direccion al cielo, como si sonriesen porque descubrieras entonces la morada de eternas delicias; tus manos asían una palma dorada, emblema de tu virginidad; cubriendo los contornos suaves de tu cuerpo un vestido de ligero crespon blanco; parecías el ángel de la inocencia, que conducían á la Gloria.

Tú no debías habitar la tierra corrompida, donde te hubieran tendido mil redes para destruir el candor de tu alma, donde te hubieras visto despreciada por los hombres, que adulan y aprecian á esas fastuosas cortesanas de cuerpo ajado á fuerza de caricias impuras, de alma corrompida por pensamientos livianos. El mundo odia la virtud y canoniza el crimen; pero en el Empíreo brillarás ahora como el lucero de la tarde en el cielo, y esa luz jamas se verá eclipsada, mientras que las mugeres criminales yacen en perpetuas tinieblas.

Yo nunca te olvidaré en la tierra: no te olvides de mí en el cielo. Ruega al Eterno que refresque mi frente, abrasada por los dolores, que calme el desencanto del corazon, y encienda en mi alma la luz de la esperanza. ¡Adios! Pronto tu recuerdo se perderá en la tierra: pero en mi corazon, ¡solo con la muerte!